

A las chicas y chicos, padres y madres que tal vez leeréis *El diario rojo de Carlota*:

Antes que nada, deseo que lo paséis bien leyendo esta historia a caballo entre la ficción y la no ficción. Y, sobre todo, deseo que *Carlota* os sirva de puente para hablar de un tema —la sexualidad— que tiene mucho peso en nuestras vidas y que a la vez resulta tan engorroso abordar cuando se trata de hacerlo de la generación de padres-madres a la de jóvenes, y viceversa. Nadie nos ha enseñado a hablar con naturalidad del sexo. Para referirse a la sexualidad, a menudo entre pares se suele recurrir a imágenes y palabras groseras. En cambio, las personas adultas suelen ponerse serias para terminar contando cómo se hace un crío o cómo no pillar una enfermedad de transmisión sexual. Y es que hablar de sexualidad y afectividad, que es lo que realmente anhelan oír los y las jóvenes, es algo que a mucha gente se le hace cuesta arriba.

A mí, me parecía muy necesario escribir *El diario rojo de Carlota*, siguiendo la estela de los otros diarios: *El diario violeta de Carlota*, *El diario amarillo de Carlota*... Lo consideraba casi un deber ineludible —y a la vez una satisfacción— porque en el pasado, muchas generaciones de mujeres fueron estafadas y tuvieron que descubrir la sexualidad solas, sin ayuda, con muchas trabas, sentimientos de culpa y angustias.

Tal vez ahora ocurre exactamente al revés: las chicas, y más especialmente los chicos --porque ellos están más enganchados--, disponen de unas ventanas sobre la sexualidad que resultan apabullantes: las webs pornográficas. Allí se ve de todo y se acaba rápido con la inocencia infantil, a veces a edades muy tempranas.

A mí me gustaría que los muchachos entendieran que ver pornografía es como ver una película de Superman: lo que aparece en la pantalla no es real. De la misma manera que, cuando termina la película, no puedes ponerte una capa e intentar volar desde la ventana, al ver pornografía no puedes reproducir con tu pareja lo que acabas de visualizar. También me gustaría que las muchachas supieran que tienen voz, que pueden reclamar que las relaciones sean a su medida, descubrir la sexualidad pasito a paso.

El problema es que lo que enseña la pornografía es tan poco útil como lo fue no enseñar nada en el pasado. Lo que se aprende a partir de la pornografía es una deformación muy nociva de la sexualidad y es, por encima de todo,

dominación de los hombres hacia las mujeres, precisamente porque esa es la mentalidad de quienes diseñan tales páginas. En esas webs las mujeres son aññadas y por ello todas llevan el sexo rasurado, se observan grupos de hombres forzando a una mujer –y ¡no!, por supuesto, que eso no es lo que ellas quieren--, se perciben prácticas muy adultas como normales en la primera relación y a los quince años... Y nuestras chicas creen que deben aceptar estas prácticas en sus primeras experiencias, y, por ello, a veces acaban metidas en relaciones insatisfactorias. Y ellos, aunque llevan la voz cantante y no están sometidos, tampoco son felices.

Por otro lado, en el pasado –e incluso en el presente— muchos chicos y chicas con una orientación sexual no heteronormativa se han sentido mal y han vivido esa diferencia como un error. Y, si bien es cierto que las leyes ya han normalizado a las personas gais, lesbianas, bisexuales o transexuales, todavía queda mucho trabajo qué hacer con las mentalidades.

Por todas estas razones me decidí a escribir El diario rojo de Carlota. Para contarles que las relaciones afectivas y sexuales pueden ser gozosas y felices. Me gustaría que, al terminar de leerlo, los y las jóvenes sean conscientes de que las relaciones sexuales y afectivas, para ser satisfactorias, deben ser respetuosas con la otra persona y deben permitir un aprendizaje armónico y paralelo. Me gustaría también facilitar el diálogo entre personas jóvenes y personas adultas.